

INFORMACION ACADEMICA

Palabras del Dr. Rafael Carral y de Teresa, Presidente de la Academia Nacional de Medicina, pronunciadas con motivo de la entrega de diplomas a los académicos titulares el día 21 de junio de 1967.

Distinguidos miembros de la Mesa de Honor.

Señores académicos,
Señoras y señores:

ESTA SESIÓN SOLEMNE, en la que año por año se da la bienvenida a los académicos de nuevo ingreso, se viste hoy de sus mejores galas al agregarse a este motivo tradicional de celebración, el homenaje que estamos tributando a todos los miembros titulares de nuestra Corporación, los de ayer y los de hoy, a quienes haremos entrega del diploma que les acredita la titularidad.

Tan jubilosa ceremonia no había tenido lugar anteriormente, tal vez a causa de que antes la categoría de socio titular, que consistía en el disfrute de todas las prerrogativas de los numerarios sin la carga que imponen a éstos sus obligaciones, no había adquirido tanto relieve; equivalía hasta cierto punto a un medio retiro de las labores académicas. Para adquirir esta calidad bastaba haber cumplido cuando menos 15 años de pertenecer a la Corporación para que prácticamente fueran admitidos, si así lo solicitaban.

En las reformas llevadas a cabo el año pasado y que fueron concretadas

en el nuevo Estatuto General que ahora nos rige, se otorgó al socio titular una categoría más elevada que la del socio numerario. Esta calidad permite, a quienes la alcanzan, "una actuación de mayor experiencia y madurez en sus responsabilidades académicas, sin la severidad de las tareas que obligan al socio numerario". Si como antes, los titulares no están adscritos a las Secciones de la Academia, ahora continúan perteneciendo a los Departamentos en que estuvieron cuando eran numerarios y tienen mayores prerrogativas que antes, particularmente en cuanto a la integración de las Comisiones Permanentes y del Comité de Admisión.

Este grupo de académicos distinguidos a quienes hoy entregamos su diploma, le han dado y le seguirán dando calor y vida a nuestra Corporación centenaria. Es en especial a ellos a quienes les debemos gran parte de lo mejor de nuestro acervo científico cosechado a lo largo de las dos últimas décadas. Su juicio perspicaz y a la vez maduro ha alcanzado profundidad, serenidad y ponderación y han aprendido a oponerse a toda desmedida; todo ello, a pesar de que no han olvidado el deleite que se disfruta de la concentración in-

telectual productiva, goce que seguirá enriqueciendo nuestro caudal científico.

En algunos de ellos percibimos, en su vida misma y en las creaciones de su inteligencia, la caricia de la poesía que emana del fondo de su naturaleza.

Son hombres de indiscutible calidad en el pensamiento y en los afectos, atestiguada por un apego irreductible a los verdaderos valores, por una indiferencia

hacia los hechos intrascendentes y por un profundo desprecio hacia el engaño y la vulgaridad.

Cultivando distintas disciplinas, entre todos han cooperado para que el conocimiento, la sabiduría y el amor definan la acción en la defensa del hombre.

Pido para ellos un ferviente aplauso que exprese, a la vez, nuestro agradecimiento y nuestra admiración.

**Discurso del Dr. Rafael Carral y de Teresa, Presidente de la
Academia Nacional de Medicina, en la ceremonia de recepción
de nuevos académicos el día 21 de junio de 1967.**

Distinguidos miembros de la Mesa de Honor,

Señores académicos,

Señoras y señores:

LA ACADEMIA NACIONAL DE MEDICINA recibe con alegría a este flamante grupo de nueve socios numerarios que, a partir de este año, habrán de aportar sus conocimientos, su juventud, su entusiasmo y su esfuerzo en bien de la grandeza de esta Corporación centenaria. Celebro que al abrir la Academia sus puertas a esta nueva generación de médicos distinguidos, coincida la ocasión con el tributo de reconocimiento que acabamos de ofrecer a generaciones anteriores y puedan evocarse así las palabras de Heráclito: "...diversas aguas fluyen para los que se bañan en los mismos ríos" ¿No es ese un gran privilegio, cuando acabamos de resaltar la alta calidad intelectual y humana de tan valioso grupo de académicos?

Particularmente cuando se piensa que el llegar a pertenecer a esta ilustre comunidad, luego de un riguroso estudio objetivo efectuado por el Comité encargado de seleccionar a los mejores y en cuyo juicio siempre existirá un imponderable condicionado por la perso-

nalidad de cada quien y derivada de su actuación profesional en todos los aspectos; pero, al mismo tiempo, esta distinción representa para el elegido una gran responsabilidad, que obliga a seguir demostrando ante los demás su valía genuina, a base de un mayor esfuerzo sostenido y de espíritu de sacrificio en bien de la medicina y del país.

La Academia Nacional de Medicina no ha de ser solamente una colección de eruditos o de sabios en las diferentes disciplinas que forman la medicina, sino que también han de tener quienes la integran altas cualidades humanas de bondad, de virtud y de amplia cultura, con vehementes deseos de aprender y de enseñar lo que saben; en suma, han de ser hombres con auténtica calidad en el pensamiento y firmeza en la acción. Esperamos de todos ustedes los beneficios que deben derivar de su pujanza y de su audacia para que sean capaces, como se ha dicho, "...a semejanza de Prometeo, de robar el fuego a los dioses, aunque después tengan que arderse en su propia llama".

Pero además de esforzados hombres de ciencia, esperamos su continuado perfeccionamiento en su actitud humanística que les permita conocer cada

día mejor el secreto de la amable convivencia y de la generosa colaboración, sin olvidar jamás que el conocimiento, la verdad y la fuerza sólo tienen sentido cuando se ponen al servicio de la bondad, de la bondad que se cumple al humanizarse la virtud por el ensueño, bajo el signo luminoso de la belleza.

A ustedes, nuevos compañeros académicos, les compete, más que a nadie, por su juvenil audacia en las ideas y su fiebre de renovación, contribuir eficazmente a nuestro progreso y enriquecer así el patrimonio eterno del pensamiento.

¡Sean bienvenidos!

Palabras pronunciadas por el Dr. Joaquín Cravioto en representación de los nuevos académicos, con motivo de su recepción en la sesión solemne del día 21 de junio de 1967.

Sr. Presidente de la Academia Nacional de Medicina,
Sres. invitados de honor,
Sres. académicos honorarios y titulares,
Sres. académicos numerarios,
Señoras y señores:

DENTRO del camino que recorre en su vida un individuo existen momentos afortunados en que las circunstancias le permiten pararse a meditar, y además hacer un recuento de los logros obtenidos y de los trechos que faltan por recorrer, comparándose no con otros hombres sino contra el patrón ideal que su capacidad y autocrítica han forjado, reflexionar, en voz alta, sobre su sistema de valores, las motivaciones que lo llevan a actuar en la forma en que lo viene haciendo, las premisas en que descansan los juicios que emite como científico y como ente social y, con todo esto afirmar o corregir sus deseos de superación.

El cultivo de la medicina como ciencia es una experiencia altamente personal que depende grandemente de factores humanos. Tres grupos de motivaciones, aparentemente diferentes, aparecen como principales: curiosidad intelectual, fines utilitaristas y factores personales, tales como ambición y escape de la vida diaria.

En cuanto el hombre hace toma de conciencia establece como axioma su

pertenencia indisociable del universo que reconoce y se hace solidario de éste considerando que origen y destino son comunes a hombre y universo. No importa, para la especie, que Copérnico le haya demostrado la posición insignificante que ocupa su planeta en relación al resto del Universo, que Darwin le señale que él, hombre, es solamente una continuación biológica de las especies que le precedieron, y que Freud proclame que no es verdad que el intelecto del hombre fuera programado por el Creador para descubrir la verdad. Las preguntas fundamentales que como especie el hombre se hace continuamente, se vuelven también parte no separable de su lucha por la supervivencia, y la estrategia que adopta es el conocer las leyes que rigen al universo para asegurarse a través de su manipulación el control de su medio ambiente.

Nace de aquí como derivado lógico la magia, y al establecerse el principio de contradicción aparece la ciencia como disciplina del conocimiento, la filosofía como abstracción y dentro de las tecnologías la medicina, que hará que los procesos de análisis y síntesis se apliquen en situaciones definidas en lo particular a través del proceso de reducción a la práctica, combinando así las varias ramas del saber humano en un intento utilitarista de mejorar la condición humana.

La curiosidad intelectual viene a ser la urgente necesidad de simplificar nuestro conocimiento acerca de la estructura y funcionamiento del universo, esta urgencia profunda quizá sea en último análisis tan sólo el residuo de la defensa que contra el miedo a lo desconocido levantó el hombre primitivo en su lucha por la supervivencia. En las palabras de Ortega y Gasset "la vida no se vive por el bien de la ciencia o la cultura; cultura y ciencia no tienen otra realidad que la que les da el ser instrumentos de la vida". La curiosidad intelectual pasa a ser utilitarista en esencia y la inteligencia podría definirse en este contexto, como el empleo de los instrumentos de la cultura para el dominio del ambiente.

La expansión del conocimiento científico obviamente ha traído como resultado la reciente especialización. Se ha perdido la universalidad de los griegos, pero lo que es más grave aún nos hemos acostumbrado a evadir la meditación fuera de nuestro campo de especialización y hay la tendencia a desarrollar la mente dentro de un pozo que limita la visión. Debido a la pérdida de la universalidad, el hombre puede fácilmente distorsionar su sentido de los valores. Es cierto que el científico debe necesariamente limitarse al cultivo en profundidad de una pequeña área de la ciencia a causa de lo inmenso de la producción científica, pero debe estar consciente del peligro que representa la falta genuina de apreciación de las cosas que están más allá de la pequeña área que cultiva. Existen muchas razones que explican esta falta de universalidad, pero una que no debe-

mos aceptar es que las actividades profesionales dejan muy poco tiempo libre para otras cosas. Nuestra perspectiva de la vida depende de la anchura y profundidad de nuestros intereses.

El indio Justo Sierra al hacer la reforma de la Universidad reclamó la necesidad de no desconectarnos de lo universal. Es, sin embargo, indispensable no perder el significado real de esta universalidad. El propio Justo Sierra hizo énfasis en dos conceptos que han pasado a formar parte de la filosofía de lo mexicano: la necesidad de investigar nuestra realidad mexicana y la necesidad de inventar las soluciones de nuestros propios problemas. En este mismo sentido Ortega hace énfasis al decir que "el hombre sumergido sin querer en la tarea de vivir tiene que tener ideas acerca de lo que lo rodea, pero debe tener ideas verdaderas, es decir ideas propias". "Cada individuo, persona, pueblo, época, es un órgano insustituible para la conquista de la verdad". Transculturarse es robarle a la humanidad una solución alterna a uno de sus problemas.

Para poder construir nuestra propia ciencia y no vivir sólo de prestado es necesario no evaluar el logro científico usando el criterio de magnitud y esfuerzo. La vida del científico no debe ser una carrera desenfrenada de negocios y actividad, administración de contratos y proyectos, guía de varios grupos de ayudantes, jefe de docenas de técnicos, miembro de muchos comités gubernamentales y universitarios, una vida en fin llena de innumerables distracciones necesarias sólo para impedir el colapso del frenético imperio

construido. En verdad que a veces nos portamos como si hubiéramos olvidado que el logro científico debe ser juzgado por lo que signifique en el adelanto de nuestro conocimiento y por la originalidad y audacia de su concepción.

El español Ramón y Cajal dijo que la ciencia no tiene fronteras pero los científicos sí tienen patria. Es quizá por esto que no obstante pertenecer a muchas sociedades médicas extranjeras o ser miembro de varias academias extranjeras también, el médico mexicano lleva siempre en su pensamiento el deseo de pertenecer algún día a su Academia Nacional. Piensa que en ella encontrará a todos los miembros preocupados por el mismo mundo, aún cuando cada quien vea un aspecto diferente y lo vea con ojos diferentes. Piensa idealísticamente que ahí existe una falta de barreras entre las distintas disciplinas. Sabe que encontrará muchas maneras diferentes de hablar sobre las mismas cosas y que un modo puede ser más fructífero que otro, dependiendo de las circunstancias. Espera confiado no encontrar una uniformidad muy grande, ya que ésto es indeseable, particularmente en aquellas áreas donde los cri-

terios de verdad y validez son difíciles de establecer. La diversidad permite flexibilidad, selección y la oportunidad de que aparezca aquello que no puede aún predecirse.

Al contacto con las tantas disciplinas que entran en la medicina, desde las matemáticas, la física y la química hasta la psicología y la historia, espera encontrar nuevamente algo de la universalidad que perdió, cuando menos parcialmente, al tener que especializarse.

Señores académicos de nuevo ingreso:

Tres hombres acarreaban piedra de una cantera a la plaza central del pueblo; al preguntarles qué hacían, el primero contestó: estoy acarreando piedra de cantera, el segundo dijo: estoy ayudando a levantar una cerca, y el tercero respondió: *estamos construyendo la escuela del pueblo*. Que cada uno de nosotros decida lo que va a hacer: ¿Acarrear piedra de cantera? ¿ayudar a construir una cerca? o proporcionar a los organismos responsables las bases científicas con qué establecer las normas sobre las que debe estructurarse la enseñanza y la práctica de la medicina mexicana.